

Lo extraño en la función medial de los mapas The strange in the medial function of maps

Mauricio Guillermo Troncoso Quintana 
Centro de Estudios Mediales (CEM), Universidad Alberto Hurtado
Región Metropolitana, Chile
mauricio.troncosoq@usach.cl 

Recibido: 28/03/2025 **Aceptado:** 02/06/2025
DOI: <https://doi.org/10.69967/07194773.v12i.555>

Resumen

La teoría medial desarrollada por Sybille Krämer se diferencia tanto de la narrativa naturalista como de la narrativa constructivista, pues propone que la función de los mapas es hacer sensible el conocimiento espacial. Esta función es una mediación que se desarrolla con el fin de que los usuarios puedan orientar sus acciones en un territorio desconocido. En efecto, este planteamiento reconoce que los mapas devienen medios en la experiencia de uso, la cual es analizada empleando términos provenientes de la fenomenología. Teniendo en vistas lo anterior, se identifica una dificultad en esta forma de estudiar los mapas: aunque se expresa que los mapas devienen medios cuando el usuario se encuentra desorientado en un territorio desconocido, no se explica el papel que cumple el enfrentamiento con lo extraño en la función medial de estos objetos. A partir de los presupuestos de la estrategia de Krämer, examinamos el concepto del enfrentamiento con lo extraño y su relación con la desorientación desde un punto de vista fenomenológico-husserliano. Dado lo anterior sostenemos que el enfrentamiento con un territorio extraño opera como motivo y condición de la función medial de los mapas.

Palabras clave: Mapas; Teoría de medios; Medialidad; Lo Extraño; Fenomenología

Abstract

The medial theory developed by Sybille Krämer differs from both naturalistic and constructivist narratives, as it proposes that the function of maps is to make sensible the spatial knowledge. This function is a mediation that is developed so that users can orient their actions in an unknown territory. Indeed, this approach recognizes that maps become media in the experience of use, which is analyzed using terms derived from phenomenology. In view of the above, a difficulty is identified in this way of studying maps: although it is stated that maps become media when the user is disoriented in an unfamiliar territory, the role that confrontation with the strange plays in the medial function of these objects is not explained. Based on the assumptions of Krämer's strategy, we examine the concept of confrontation with the strange and its relationship to disorientation from a phenomenological-Husserlian point of view. Given the above, we argue that confrontation with a strange territory operates as a motive and condition for the medial function of maps.

Keywords: Maps; Media theory; Mediality; The Strange; Phenomenology

1. Introducción

La experiencia de desorientarse o perderse resulta indefectible en el traslado hacia un lugar desconocido para nosotros. En efecto, el cambio locativo se enmarca en un constante conflicto entre lo familiar y lo desconocido, el cual es inherente al modo en que conocemos por medio de la percepción habitual. Este cambio ha sido tematizado bajo una categoría experiencial: el enfrentamiento con lo extraño, un conflicto que destaca la poca o nula familiaridad con un territorio y que puede llegar a ser paralizante. Frente a tal conflicto, se han desarrollado distintas herramientas que buscan ofrecer apoyo en la orientación. Entre ellas destacan las brújulas, los aparatos de rastreo satelital y los objetos que nos ocupan: los mapas.

Se puede decir que los mapas son textos fundantes de las culturas (Schlögel, 2003, p. 91). Sin embargo, pese a que estas herramientas sean omnipresentes en nuestra vida cotidiana, la comprensión del funcionamiento de los mapas continúa siendo un tópico de discusión. En este debate, que se ha desarrollado desde la segunda mitad del siglo XX, se discute si los mapas se construyen para representar adecuadamente territorios externos o si son objetos que ofrecen un punto de vista que permite navegar el territorio, pero que se ajusta a motivos políticos, históricos y culturales. En este debate resulta interesante la iniciativa teórica desarrollada por Sybille Krämer (2008). Este último planteamiento ofrece una alternativa a las dos tendencias dominantes en la discusión sobre la función de los mapas desde una teoría medial.

La propuesta conceptual de Krämer es un momento concreto dentro de una teoría sobre la medialidad (2008, p. 298). En el contexto del debate sobre mapas, su atención no se dirige a las condiciones empíricas de la creación de mapas, tampoco a una clasificación entre los mapas antiguos y los mapas modernos. Su teoría medial se preocupa, más bien, de la transmisión y génesis de sentido en la experiencia de uso de los mapas. Al centrar su atención en el funcionamiento de los mapas, la teoría planteada por esta autora se enfocará en aclarar las condiciones y supuestos de la experiencia de uso de estos objetos. Para esta filósofa, el sentido constituido en la experiencia de mapas consiste en la orientación espacial.

Su teoría medial se articula siguiendo una estrategia. Krämer reconstruye el debate acerca de la función de los mapas en términos de una contraposición: por un lado, se vincula la narrativa naturalista a un enfoque centrado en la transparencia de los mapas, mientras que, por otro, se asocia la narrativa constructivista a un enfoque que destaca la opacidad. Teniendo en vista lo anterior, la autora ofrece una teoría enfocada en la experiencia de uso de los mapas que permite entender la convivencia de aspectos de los planteamientos anteriores y superarlos. Krämer centra su atención en mapas elementales que buscan referir a un territorio—por ejemplo, mapas geográficos, mapas de ciudades, planos de estaciones de tren, etc.—argumentando que las mediaciones de sentido acontecidas en el uso de estos objetos pueden operar como modelos para entender el empleo de otros mapas (2008, p. 299).

Ahora bien, la apelación a la experiencia de uso permite destacar una de las condiciones de la función medial de los mapas: la desorientación direccional producida por el enfrentamiento con lo extraño. Para que los mapas puedan operar como medios, el usuario de estos objetos debe encontrarse poseyendo algún grado de desorientación, buscando pistas para navegar un territorio poco familiar. Krämer apela a conceptos

provenientes de la fenomenología de la familiaridad, de raíz husserliana, para indicar que la desorientación es condición de la experiencia de enfrentamiento de un territorio desconocido. Sin embargo, la autora no desarrolla cómo la desorientación incide efectivamente en el uso de estos medios. En este sentido, el objetivo de este artículo responde a clarificar esta situación. ¿Cuál es el papel que cumple el enfrentamiento con lo extraño en la función medial de los mapas? Si se entiende que la función medial de los mapas es sensibilizar conocimiento espacial en la experiencia del territorio, la desorientación producto del enfrentamiento con lo extraño opera como el motivo de uso y como la condición de la visualización de relaciones espaciales.

Con vistas a defender lo anterior, se analizará la reconstrucción del debate ofrecido por Krämer y se examinará el planteamiento de la teoría medial sobre los mapas. Este estudio permitirá poner de relieve la desorientación producida por el enfrentamiento con lo extraño como condición de la función medial de los mapas, lo cual será desarrollado en términos de una descripción fenomenológica de la experiencia de desorientación. Finalmente se ponderará el papel que cumple el enfrentamiento con lo extraño en el uso de estos medios.

2. El debate sobre mapas y la elaboración de la teoría medial

Con la finalidad de elaborar una teoría que permita clarificar la función medial de los mapas, Sybille Krämer reconstruye el debate sobre mapas que se ha desarrollado desde la segunda mitad del siglo XX hasta hoy. Para ello, esta autora adopta la distinción de narrativas elaborada por Jacob (1996). Este autor considera que, en el debate sobre mapas, se ha articulado un viraje desde una narrativa naturalista hacia una narrativa constructivista. La primera de estas narrativas considera que la función principal de los mapas consiste en representar adecuadamente un territorio externo, mientras que la segunda considera que los mapas se elaboran con el propósito de construir un punto de vista, validado culturalmente, que se impone al conocimiento de los territorios. Este tránsito marcaría un cisma, pues la narrativa constructivista se mostraría superadora de la narrativa naturalista, destacando a la vez una incompatibilidad teórica entre ambas formas de estudiar los mapas. Ante esta situación, Krämer sostiene: “¿Es la disyuntiva de ambas posturas la única posible? ¿No sería posible entender ambas perspectivas no como excluyentes, sino más bien como enfoques inclusivos y, por tanto, interrelacionados del mapa?” (2008, p. 303). Para Krämer, la teoría medial de los mapas supone desarticular esta disyunción.

La estrategia reconstructiva de Krämer—siguiendo la pista de Jacob (1996, pp. 191-192)—consiste en vincular ambas narrativas sobre mapas con funciones mediales. Mientras que la narrativa naturalista considera que los mapas son medios transparentes—es decir, objetos que desaparecen en la medida en que median sentido—, la narrativa constructivista sostiene que los mapas son objetos opacos—en otras palabras, son objetos que deforman aquello que representan según valores culturalmente aceptados. A partir de esta vinculación, Krämer elabora su enfoque. Para esta autora, los mapas operan como medios en la medida en que su uso implica necesariamente la transparencia y la opacidad. Analizaré estos planteamientos para luego estudiar la propuesta de esta filósofa.

2.1. Narrativa naturalista

Krämer esboza las propuestas teóricas de las narrativas en términos de las distinciones cartográficas de Michel de Certeau (1988, pp. 215-240). Según este pensador, la construcción de mapas supone una tensión entre dos ámbitos que refieren a la dimensión espacial. Por una parte, se encuentran los lugares, por otra, los espacios. Los lugares son puntos fijos que pueden ser determinados a través de relaciones de coexistencia. En cambio, los espacios surgen por el movimiento de los sujetos en actividades respecto a fines. Según Krämer, la perspectiva naturalista enfatiza que se puede referir con exactitud al territorio, empleando el mapa como el esquema de espacios. Lo anterior se debe a que el mapa se construye con vistas a una determinada actividad: la navegación del territorio externo.

La narrativa naturalista se desarrolla principalmente en estudios históricos que buscan destacar cómo el proceso de creación de mapas se desenvuelve solidariamente con el arte del paisajismo. En este enfoque, el objeto de estudio es la representación desplegada en los mapas. Según los exponentes de este planteamiento (*cf.* Brannon, 1989; Rees, 1980), la producción de mapas supone un esfuerzo para constituir representaciones de territorios, las cuales posibilitan la generación de espacios navegables. En síntesis, la idea guía de esta narrativa consiste en que “los mapas están comprometidos con el principio general de la representación exacta” (Krämer, 2008, p. 300). Con motivo de lo anterior, esta narrativa puede ser considerada instrumentalista. Al sostener el principio de la representación exacta, los lugares desplegados en los mapas se consideran herramientas cuya utilidad es constituir espacios de navegación en el territorio.

El criterio de evaluación de los mapas, según esta visión, comprende el ajuste de la representación dispuesta en estos objetos a las formas de los territorios. En virtud de este criterio, un buen mapa es aquel que expresa fielmente la información real de un territorio externo (Krämer, 2008, p. 300). Lo anterior debe lograrse en un registro visual, sin embargo, para ello se deben emplear principios de construcción matemática. En este respecto, la información presentada en los mapas debe integrar el uso de la visión, pero, también debe someter este último registro a principios de construcción matemáticos, es decir, bajo sistemas de escalas, grillas de coordenadas y métodos de proyección. Lo anterior requiere de la imaginación artística y de la exactitud de las medidas matemáticas para mantener las proporciones de aquello que se quiere representar. De esta manera, la producción de mapas, siguiendo el criterio de representación exacta del territorio, establece un vínculo entre la estética, el arte y la producción de conocimiento científico: “Dado que la proporción es a la vez un concepto matemático-lógico y un concepto básico de la estética, la idea de medida se convirtió así en un vínculo entre las ciencias naturales y el arte” (Rees, 1980, p. 67).

Si la proporción es un principio fundamental de la construcción de mapas, esta debe ser accesible al observar la representación presentada en este tipo de objetos. Este es un punto importante acentuado por la narrativa naturalista: la abstracción y la imaginación artística operan en conjunto. Mediante el dibujo, la información sobre el territorio se expone en una perspectiva aérea que facilita la navegación de los espacios. Considerando lo anterior, la información proveniente de la percepción debe ser modulada, “la visión”—empleada en la construcción de mapas—“va más allá de la óptica y de la percepción” (Cosgrove, 2008, p. 15): es la construcción matemática

de una perspectiva. La perspectiva aérea no es una forma de visualización que pueda ejecutarse sin ayuda técnica, sin embargo, esta perspectiva es una condición necesaria para la construcción de los mapas. Así, los autores que apoyan esta narrativa consideran que la imaginación informada matemáticamente es fundamental: ella propicia la aplicación de la escala de proyección, la cual permite constituir una forma de visualización que vuelve accesible aquella información que se pretende exponer con exactitud.

La narrativa naturalista enfatiza que los mapas se construyen empleando principios matemáticos para hacer visible la información sobre territorios. Aunque los mapas sean abstracciones, “para ser efectivos, ellos deben también evocar apariencias” (Rees, 1980, p. 78). Según esta teoría, el mapa es, sobre todo, un objeto que se emplea para representar el conocimiento que se tiene del territorio y convertir sus lugares en espacios navegables.

Según Krämer (2010, p. 223), los autores que apoyan esta narrativa sostienen que los mapas operan como medios transparentes. Es decir, los mapas son considerados objetos cuya materialidad e ilustración se sustraen en favor de la información representada. Esta posición tiene como consecuencia que los posibles análisis del encuentro con mapas no consideren relevantes los aspectos relativos al contexto de elaboración. Más bien, su enfoque se centrará en cómo la información espacial se despliega a los sujetos, con vistas a ejecutar actividades de desplazamiento. En otras palabras, de acuerdo a esta posición se entiende el mapa como una herramienta.

Esta forma de entender los mapas ha sido criticada duramente por una narrativa contemporánea. Desde la perspectiva constructivista, la narrativa naturalista resulta ingenua, pues la visión no solo comprende abstracciones matemáticas. La visión implicada en los mapas obedece a intereses políticos, a necesidades sociales y a múltiples complejidades y tensiones culturales (DeLue, 2007, p. 10). Por esta razón, durante los últimos años, el debate en torno a los mapas ha reorientado sus intereses. En la actualidad, este debate se centra en cómo los mapas encarnan puntos de vista que cristalizan tensiones y complejidades culturales.

2.2. Narrativa constructivista

La narrativa constructivista se articula en estudios históricos que buscan poner de relieve cómo la producción de mapas obedece a tensiones y valideces histórico-culturales. Si en la narrativa naturalista se enfatiza el carácter representacional de los mapas, en esta otra narrativa el mapa se considera como un objeto determinado contextualmente. Este enfoque no atiende a qué es lo que se representa con los mapas, sino que interroga cómo es que el mapa representa espacios. Siguiendo este razonamiento, el estudio de la construcción de mapas no fijará su interés en las condiciones matemáticas de producción, sino que profundizará en los diversos procesos que permiten la construcción de los mapas en determinados momentos históricos. Según Krämer, el motivo de este cambio se debe a una ampliación de la mirada:

Las técnicas cartográficas obedecen a sus propias condiciones y convenciones técnicas, semióticas y sociales, que no son en absoluto congruentes con las reglas de las matemáticas y la lógica. La política y el poder también forman parte de las condiciones de la actividad cartográfica. (2008, p. 302)

Como se advierte, la producción de mapas aborda asuntos que exceden a los principios de construcción matemáticos, los cuales deben reconocerse. En esta narrativa interesa el análisis de la asociación de condiciones materiales, económicas, sociales, políticas y culturales que permean la construcción de los mapas (Cosgrove, 2001, p. 3). Sin embargo, este permear no debe ser considerado como una mera influencia externa presente en la elaboración de estos objetos.

La perspectiva aquí descrita considera a los mapas como objetos productivos. Cada elemento que compone la estructura de los mapas condensa información culturalmente relevante. Conforme a lo anterior, la disposición, la nominación y el tamaño de los objetos gráficos y lugares desplegados en el mapa responden a intereses fundamentalmente políticos, que aparecen encubiertos en el dibujo de este objeto. Bajo esta óptica, la organización del mapa modula dichos intereses y los condensa en una arquitectura visual coherente: un espacio inteligible. En este sentido, los mapas producen una visión del territorio según la información que es relevante y válida para una determinada forma de ejercicio del poder: “La arquitectura visual del espacio representado es otra cuestión crucial. Los mapas construyen sus propios mundos mediante el filtrado, la traducción y la organización jerárquica y taxonómica de los datos” (Jacob, 1996, p. 192).

Para la narrativa constructivista, los mapas ofrecen testimonio de intereses culturales e ideológicos mediante la disposición gráfica de información espacial. Todo esto afecta el estudio de la confección de estos objetos. El empleo de sistemas de proyección y la articulación de marcas operan como herramientas que, en base a jerarquías, permiten el ejercicio del poder político. Bajo este enfoque, los mapas no se estudian en función del criterio de adecuación exacta a la realidad del territorio. Por el contrario, lo fundamental en esta teoría es destacar que los mapas representan territorios distorsionándolos. La distorsión ocurre de forma implícita en la construcción de los componentes de los mapas, y es tarea analítica descubrir la información encubierta en la composición de marcas de estos objetos. Ante la mirada atenta a lo implícito, los mapas se consideran portadores de huellas de sus condiciones de producción (Krämer, 2008, p. 303). La materialidad y la extensión de los elementos que componen estos objetos encarnan los intereses que permitieron su construcción. Este es el punto crucial: el trazo de los mapas es productivo pues constituye información espacial por medio de la distorsión del conocimiento del territorio. Precisamente, la distorsión constituida es la que vale culturalmente como conocimiento producido. Sin embargo, la generación de dicho conocimiento se encuentra condicionada por intereses políticos y valores culturales que preceden la construcción del mapa. En este sentido, este enfoque puede denominarse como posrepresentacionista, ya que no considera que la función del mapa sea representar adecuadamente, sino que su propósito es construir espacios según constricciones sociales.

A los ojos de Krämer, la narrativa constructivista sostiene que los mapas son medios opacos. En otras palabras, los mapas no son tratados como objetos neutros. Las representaciones cartográficas poseen un contenido implícito que se deja entrever en la disposición espacial de sus componentes (Krämer, 2008, p. 304). Que la información espacial representada posea contenido implícito, destaca una operación de los medios opacos: el encubrimiento. Los medios opacos poseen un aspecto visible que modula información. Este aspecto convierte la información en algo no dicho y no visto, pero

accesible a través del aparecer sensible del medio (Krämer, 2008, p. 304). En el caso de los mapas, vistos como medios opacos, la operación de encubrimiento se vincula productivamente a la distorsión (Krämer & Ljungberg, 2016, p. 12). Aunque el dibujo del mapa constituye la expresión del conocimiento territorial, los intereses y valores culturales de una época se plasman en la composición de este objeto: ellos norman el tamaño de los objetos representados, el uso de la escala, el sistema de proyección utilizado, el sistema de índices articulados, etc.

Las narrativas planteadas en esta sección entienden los mapas según términos relacionales opuestos. Mientras que la narrativa naturalista asume que los mapas son medios transparentes, la narrativa constructivista considera a estos objetos medios opacos. Esta oposición se acentúa en el debate sobre mapas, pues, como mencionamos más arriba, los estudios sobre estos medios han transitado de una narrativa a otra, indicando una suerte de superación. Sin embargo, con la intención de estudiar la función de los mapas ¿resulta correcto mantener una oposición fuerte? Esta pregunta es la antesala del enfoque de Krämer. Como veremos, esta propuesta admite una determinada convivencia entre estas dos perspectivas, las cuales interactúan en el ámbito de la función medial de estos objetos en su uso orientativo.

2.3. Teoría medial

La teoría medial de Sybille Krämer toma como punto de partida una paradoja cartográfica: “los mapas no son el territorio” (2008, p. 311; 2018, p. 20). Sin embargo, a partir del conocimiento que se tiene de un territorio, los mapas constituyen un espacio informacional en el que es posible orientarnos, para así guiar nuestros movimientos concretos. Para la filósofa alemana, esta paradoja revela el contexto en el que se dará el ejercicio de la orientación, el enfrentamiento con dos ámbitos desconocidos, el territorio externo y el conocimiento espacial representado en el mapa: “Los mapas crean, de hecho, un doble de una realidad externa que no conocemos y esta es, por lo tanto, doblemente desconocida” (Krämer, 2008, p. 311).

Esta cita expresa dos asuntos de gran importancia para el entendimiento medial de los mapas. En primer lugar, se introduce lo extraño como un elemento central en la definición del funcionamiento los mapas. La expresión utilizada por esta autora para caracterizar un territorio o un espacio extraño es *nicht auskennen*, la cual se refiere a que algo no es conocido o no es familiar en la experiencia. Aunque esta filósofa no profundiza más en esta noción, su introducción en la conceptualización de los mapas resulta relevante, ya que permite resaltar la dimensión de la experiencia del usuario. Para Krämer, la orientación a partir del uso de mapas ocurre cuando el usuario de mapas se enfrenta a un territorio extraño o desconocido. A la luz de la experiencia de uso, inicialmente tanto el territorio como el conocimiento del territorio plasmado en el mapa son ámbitos extraños para el sujeto que busca orientarse con mapas. Para enfrentarse al territorio desconocido, el usuario debe descifrar y manipular el espacio informacional que se despliega en este medio. Por esta razón Krämer sostiene: “los mapas no son simples representaciones visuales de algo, sino que son medios para explorar y operar con lo representado” (2008, p. 317). A medida que el sujeto se familiarice con la información del mapa, este podrá utilizar las pistas que aparecen en este medio para visualizar hitos que guíen sus movimientos concretos y así explorar el territorio.

En segundo lugar, esta paradoja permite a la autora descartar las teorías que consideran las representaciones cartográficas medios puramente transparentes. Aunque los mapas refieren a una realidad externa, no es posible confeccionarlos sin distorsionar lo que se representa en ellos. Este es uno de los aspectos de la cartografía que Borges evoca en su escrito *Del rigor en la ciencia* (1984, p. 847). Según el escritor argentino, la idea de una representación cartográfica exacta, hasta el punto de que posea el tamaño y coincida puntualmente con el territorio referido, resulta absurda y anacrónica. Por una parte, un mapa que reproduzca el territorio en una escala de 1:1 terminará por recubrir aquello que quiere representar. Por otra, un mapa exacto de un territorio perdería su condición de medio de orientación en poco tiempo: los territorios cambian constantemente, volviéndose extraños, por lo que es necesario producir nuevos mapas constantemente. Para Borges y Krämer, los mapas son medios que condensan el conocimiento útil que se tiene de un territorio en un determinado tiempo. Los mapas no son el territorio y no lo pueden representar con plena exactitud. Por esta razón, Krämer sostiene que “todo el potencial que encierra la técnica cultural de la cartografía se basa precisamente en la diferencia entre un territorio y su mapa” (2008, p. 312).

En relación con el debate sobre mapas, la paradoja mencionada resulta productiva para la teoría de Krämer, pues permite establecer un vínculo de dependencia entre las narrativas desarrolladas más arriba. Por una parte, la teoría naturalista—que entiende los mapas como medios transparentes—sostiene que la representación dispuesta en estos objetos debe ajustarse al territorio. Por otra parte, la narrativa constructivista—que considera los mapas como medios opacos—plantea que la información espacial ofrecida en estos objetos es producto de distorsiones que tienen su origen en valores culturales. Según Krämer, ambas narrativas en torno a los mapas asumen una vinculación a una función representativa. Sin embargo, estas son opuestas. Mientras que la primera emplea dicho criterio para evaluar el ajuste del mapa a los territorios, la segunda emplea el principio de representacionalidad como punto de partida para desarrollar su concepto de distorsión. Ante esta oposición, Krämer invita a desarrollar una reducción eidética similar a las practicadas en el método fenomenológico husserliano. Poniendo entre paréntesis las intenciones teóricas de cada narrativa, se destaca que los mapas son objetos cuya representación se emplea para orientar acciones y generar conocimiento. Teniendo esto en cuenta, la autora desarrolla su teoría medial de los mapas como una rehabilitación del concepto de representación.

Krämer considera que los mapas son medios híbridos que permiten la convergencia de lo discursivo, lo icónico y lo signitivo (Krämer & Ljungberg, 2016, p. 1). El uso del mapa y sus componentes se enmarca dentro del “impulso cartográfico”, que es una operación que tiene como finalidad la generación de conocimiento. Esta operación consiste en emplear el conocimiento espacial dispuesto en representaciones para orientar acciones en “el espacio real del mundo de la vida” (Krämer, 2011, p. 277). El impulso cartográfico requiere de ciertos medios icónicos, los cuales articulan una característica específica: la operatividad. Según la filósofa alemana, los mapas y los diagramas son tipos de iconicidad operativa. Es decir, son medios compuestos por marcas organizadas en superficies bidimensionales que establecen una determinada relación referencial con una situación objetiva, la que no puede ser reducida a meras representaciones pasivas de esta última (Krämer, 2009, p. 103). En efecto, la iconicidad operativa comprende medios que pueden ser visualizados y manipulados,

permitiendo la apertura de espacios epistémicos para explorar e interactuar con el objeto de referencia (Muhr, 2023, p. 4). En conformidad con lo anterior, la manipulación de estos medios es sumamente relevante, pues es a través de ella que se genera conocimiento y sentido.

En el contexto de esta teoría, un mapa vale como un medio en la medida en que permite a su usuario orientar sus acciones en un territorio. Esta situación abarca la interacción entre dos registros, a saber, el conocimiento espacial desplegado en el mapa y el conocimiento perceptual (o falta de conocimiento perceptual) del territorio. Cuando un usuario emplea un mapa, este último ofrece conocimiento espacial que, al poder influir en la capacidad de acción del sujeto, constituye una forma de sentido: la orientación espacial.

Con vistas a realizar acciones, el usuario debe emplear el mapa, leyéndolo y visualizándolo, en prácticas integradas en un contexto (Kitchin & Dodge, 2007, p. 342). Para lograr lo anterior, es necesario que se identifique el aspecto opaco del mapa. En otras palabras, el usuario debe reconocer que este tipo de objetos no consiste en una representación que se ajuste a la riqueza perceptual que se podría tener al observar el territorio, sino que este medio condensa una perspectiva que se tiene de este. El conocimiento espacial desplegado en estos medios supone una serie de distorsiones y simplificaciones que facilitan la orientación. El mapa es un objeto que ha sido construido mediante un aplanamiento de la riqueza perceptual: este objeto es bidimensional y sus componentes no refieren a la dimensión de profundidad de las cosas desplegadas en el mundo real (Krämer, 2019, p. 836). Además, las marcas que componen estos objetos destacan asuntos que conciernen a la ejecución de tareas, suprimiendo aquello que no es relevante. Sin embargo, que el mapa distorsione y/o simplifique el conocimiento espacial, no implica necesariamente que no se pueda navegar el territorio con este medio. Lo anterior pone de manifiesto un aspecto del mapa considerado como medio transparente. Cuando se emplea un mapa para orientar acciones, el usuario asume, a pesar de las distorsiones implicadas en este medio, que este objeto representa al territorio en algún grado. En este sentido, al reconocer estas distorsiones, e identificar la función de los componentes de esta representación, el usuario de mapas puede emplear dicho conocimiento para establecer ubicaciones en el territorio.

Al tematizar la implicación del aspecto transparente y opaco del mapa como medio, resulta posible destacar la función medial de estos objetos. Según Krämer, el proceso que acontece a través del uso de mapas es una mediación estetizante (Enns, 2015 p. 16): los medios posibilitan ver aquello que no es perceptible. En este sentido, la función medial de los mapas consiste en sensibilizar la información espacial y establecer hitos con los cuales los usuarios pueden identificar la localización de su cuerpo, con el fin de orientar tanto la realización de actividades como la navegación del territorio. Esta orientación consiste en imbuir el mundo perceptual del usuario con hitos direccionales pertenecientes al conocimiento que se tiene del territorio y que se han condensado a partir de las distorsiones implicadas en la construcción de los mapas.

Como se observa, la teoría medial de los mapas integra el aspecto representativo común en las narrativas naturalista y constructivista en el contexto de empleo de estos objetos. El modo en que se realiza esta integración comprende fijar la mirada en cómo los usuarios pueden emplear el conocimiento espacial para llevar a cabo sus activida-

des. No obstante, la integración de la experiencia del usuario en la descripción de la función medial es problemática. La orientación no es nunca un proceso inmotivado, y se enmarca dentro de las múltiples tensiones experienciales que viven los sujetos—entre ellos, la desorientación producida por el enfrentamiento con un territorio extraño. Aunque Krämer apele a la experiencia de los usuarios para desarrollar su teoría medial, la autora no ha realizado un examen sobre los motivos y las condiciones que llevan a la orientación y cómo estos afectan el proceso mismo de orientarse. Esta es una situación importante, pues la función medial de los mapas depende del empleo de estos objetos en la adquisición de orientación. Si no se ofrece un análisis de estos motivos y condiciones, la teoría medial resulta carente de un momento explicativo. Por esta razón, en este artículo esbozaré un complemento de este planteamiento, tematizando un motivo fundamental de los procesos de orientación: el enfrentamiento con un territorio extraño.

3. Desorientación como producto del enfrentamiento con lo extraño

Una de las estrategias de la teoría medial de Sybille Krämer consiste en emplear elementos fenomenológicos de raíz husserliana y merleau-pontiana en conjunto con elementos deconstructivos para analizar experiencias mediales y estudiar la operatividad de los medios (Rubio, 2018). Ahora bien, esta teoría no pretende tener el alcance de dichos proyectos filosóficos. La utilización de conceptos provenientes de estos planteamientos busca vincular la experiencia humana con procesos mediales (Muhr, 2023, p. 4).

Lo extraño es uno de los conceptos fenomenológicos que se emplea para caracterizar la función medial de los mapas. Como se mencionó anteriormente, Krämer (2008, p. 311) sostiene que el carácter referencial de los mapas supone una doble relación con el espacio extraño. Por una parte, la referencialidad del mapa cumple su función mientras el territorio es desconocido para el usuario. Por otra parte, la utilización del mapa articula, en la superficie cartográfica, un doble del territorio desconocido, el cual necesita ser familiarizado. Para dar cuenta de esta situación, Krämer utiliza el concepto fenomenológico de lo extraño, o no familiar, con el fin de destacar cómo es posible adquirir orientación con mapas, aunque no lo desarrolla. Esta filósofa solo menciona que el territorio y la información de este son desconocidos al inicio de la experiencia de uso de estos medios. Sin embargo, Krämer señala cómo el uso del mapa afecta la experiencia de un territorio extraño:

Cuando utilizamos el mapa como medio, esto no significa simplemente que leamos e interpretemos el mapa como una forma de representación simbólica, sino que algo que está fuera del mapa experimenta una transformación a través de la orientación con el mapa. Por consiguiente, no se trata simplemente de una cuestión de interpretación, sino de transformación: una transformación que convierte un océano sin marcas en una «vía marítima» fácilmente navegable o una ciudad extraña en un espacio intencionadamente accesible. (2008, p. 334)

Esta cita ofrece una pista sobre cómo abordar la desorientación y el enfrentamiento con lo extraño. La orientación espacial que se adquiere mediante el uso de mapas transforma el territorio extraño en un espacio destinado a acciones concretas. Esta transformación consiste en visualizar hitos direccionales en el acto perceptual. En este respecto, se reconoce el propósito del proceso de orientación. No obstante, queda pendiente la tarea de explicar los motivos y condiciones que guían el proceso que va desde la desorientación provocada por el enfrentamiento con lo extraño hasta la visualización de hitos direccionales. Con el fin de abordar este cometido, desarrollaré el concepto fenomenológico de familiaridad en relación con la constitución del espacio circundante. Luego, mediante una reflexión sobre este concepto, ofreceré una explicación sobre el papel que cumple la desorientación provocada por el enfrentamiento con lo extraño en la función medial de los mapas.

3.1. Familiaridad

El asunto central de la fenomenología, como menciona Husserl, es ofrecer claridad sobre la correlación intencional (Husserl, 1976, p. 74). Esta correlación mienta el modo en que la conciencia es capaz de referir al mundo. En este planteamiento, el concepto de familiaridad se articula para describir los procesos de constitución de la experiencia de los sujetos. Dado el alcance de este artículo, solo remitiré a aspectos relevantes para la descripción de la desorientación como producto del enfrentamiento con lo extraño. El concepto de lo familiar se vincula a las nociones de habitualidad y de tipo empírico, las cuales se articulan para describir cómo es que la vida subjetiva individual retiene sus logros cognoscitivos. En efecto, estas nociones refieren a tomas de posición subjetivas que se sedimentan a lo largo del transcurso de la vida de los sujetos (Geniusas, 2024, p. 9).

Como resultado de distintas apercepciones, los sujetos adquieren conocimientos habituales sobre las determinaciones de los objetos experimentados. Mediante de una síntesis pasiva de reconocimiento, el acervo de saberes generales de los objetos conduce el desarrollo de la experiencia presente. En este sentido, cuando un sujeto vuelve a experimentar un objeto, o una situación objetiva con rasgos generalmente similares a los previamente experimentados, puede contar con esas determinaciones como un saber que anticipa la experiencia presente. Cuando esto sucede, la conciencia constituye su actividad presente basándose en tomas de posición anteriores, es decir, en el trasfondo de sedimentaciones. Sobre este respecto, Husserl sostiene: “la operación subjetiva efectuada persiste en el objeto intencional en cuanto hábito” (1999, p. 137).

En este contexto, lo familiar se articula en una lógica de encabestramiento: la experiencia presente se deja conducir por los hábitos constituidos a partir de experiencias pasadas. Esta lógica posibilita la regularidad del progreso cognoscitivo. Evocando los saberes, las tomas de posición y la validez de experiencias anteriormente ejecutadas, el conocimiento de los objetos y del mundo orienta su desarrollo de forma coherente. Considerando lo anterior, lo familiar abarca los conocimientos y disposiciones que el sujeto ha adquirido a través de experiencias previas y que establecen márgenes de anticipación para las experiencias del presente.

3.2. Espacialidad, desplazamiento y familiaridad con el territorio

La orientación en un territorio requiere de la constitución de hábitos. Para que un sujeto pueda desplazarse con éxito por un territorio determinado, como el de un pueblo o una ciudad, debe aprender reconocer hitos con los cuales pueda predecir o anticipar el resultado de sus movimientos. En términos efectivos, la orientación espacial de un sujeto en un territorio requiere de la adquisición de certezas que permitan que su desplazamiento se realice de forma óptima según fines. Aunque la fenomenología husserliana no ha caracterizado de forma temática la relación de los sujetos con la orientación territorial, esta ofrece, sin embargo, herramientas conceptuales para poder pensar el movimiento orientado. En esta sección, abordaré cómo las kinestesis en el desplazamiento posibilitan la obtención de conocimientos generales sobre los objetos en el campo perceptual y analizaré cómo estas motivan la constitución de perspectivas que condicionan la determinación de las posiciones de los objetos en la experiencia. El objetivo de esta sección será establecer las condiciones básicas del proceso de familiarización con un territorio. Si la familiarización con un territorio concierne a la orientación de movimientos de desplazamiento, las kinestesis establecen las condiciones para el establecimiento de dicha orientación.

La estrategia fenomenológica de raíz husserliana que busca tematizar la experiencia de un espacio común, como el territorio de un pueblo o una ciudad, se desarrolla a partir de las investigaciones sobre el mundo circundante. Estos análisis expresan, por una parte, el modo de adquisición de conocimiento del mundo, y, por otro, determinan un condicionante para este proceso: la corporalidad vivida como elemento constituyente del espacio. Dado que la fenomenología se centra en la articulación de las experiencias intencionales, las capacidades del cuerpo propio operan como el hilo conductor para dar cuenta de los procesos mediante los cuales se constituye la espacialidad. Aunque estos análisis se centran en la corporalidad propia individual, su alcance es intersubjetivo, pues la experiencia del mundo abarca una comunidad. Sobre este respecto, Husserl sostiene: “Este, mi mundo circundante, es al mismo tiempo mundo para y con-otros -presente-otros, pasado-otros, y futuro-otros - donde cada uno tiene, tuvo, y tendrá su propia experiencia del mundo” (1973, p. 218).

La constitución de la experiencia del espacio común se aborda a partir del concepto de cuerpo propio. Para la fenomenología husserliana, el cuerpo propio es también una corporalidad vivida, un cuerpo que siente, que percibe, que se mueve y que encarna la conciencia: es un órgano de la percepción (Husserl, 1991, p. 68) y un órgano de la voluntad (Husserl, 1991, p. 151). Además, el cuerpo propio opera como punto cero de orientación y como el aquí de toda experiencia (Husserl, 1991, p. 127). Con respecto a sus operaciones, el cuerpo propio articula las kinestesis y las ubiestesis, sensaciones de movimiento que posibilitan el despliegue de las notas exhibitorias y que motivan la estructuración de la aparición de objetos. Dados estos rasgos y operaciones, el cuerpo propio ocupa un lugar central en la descripción de la constitución de la espacialidad.

Husserl ha descrito distintos niveles de constitución del espacio experiencial. En los pocos pasajes en los que este autor se refiere a la conciencia del espacio de un territorio, caracteriza la constitución de dicha experiencia como un proceso complejo, pues es un tipo de conocimiento que requiere de “una representación de la síntesis de campos actuales de la experiencia” (Husserl, 2013, p. 307). Esta síntesis se nutre de

las operaciones sensibles que tienen su fundamento en la corporalidad vivida. Entre estas operaciones, destacan la articulación del objeto perceptual, las modificaciones de perspectivas en la experiencia y el despliegue del campo perceptual. Estos procesos cumplen una función normativa con validez intersubjetiva: establecen las condiciones regulativas bajo las cuales todo sujeto debe experimentar los objetos perceptuales.

El movimiento de desplazamiento, o andar, es significativo para la familiarización con el mundo circundante. El desplazamiento permite, por un lado, el progreso del conocimiento de los objetos que rodean al sujeto y, por otro, posibilita modificaciones de perspectiva en lo concerniente al acercamiento o alejamiento. En relación con el primer ámbito, el conocimiento de los objetos perceptuales que rodean al sujeto se encuentra directamente relacionado con la ejecución de movimientos de desplazamiento. El estudio de la espacialidad de los objetos, en clave fenomenológica, considera al objeto perceptual como un fantasma. En otras palabras, la cosa perceptual se entiende solamente como una figura en la que se despliega el flujo de notas sensibles, es decir, como un esquema sensible (Husserl, 1991, pp. 21-22). En lo concerniente a la espacialidad, el fantasma se caracteriza como “una figura en un sitio” (Husserl, 1991, p. 84). Bajo esta condición, el fantasma se experimenta escorzado en la forma de lados, aspectos y apariencias. El objeto perceptual, así entendido, se da a la conciencia por medio de un lado y en un cierto aspecto momentáneo. Por esta razón, un lado puede presentarse mediante múltiples aspectos (Walton, 2015, p. 198). Cabe destacar que una multiplicidad de aspectos unificados constituye un lado. Además, en concordancia con lo anterior, la conjunción de lados constituye una secuencia dependiente del movimiento corporal: una apariencia, que remite en última instancia a la unidad del fantasma. Por ejemplo, cuando observo un edificio, si me desplazo por delante y por detrás de este, experimento dos secuencias de lados, es decir, dos apariencias (anterior y posterior) y cada uno de esos lados puede ofrecerse en una multiplicidad de aspectos según mis movimientos.

La relación entre la multiplicidad de lados y la estructuración de las apariencias constituye los modos de darse de los objetos perceptuales, cuyo correlato subjetivo es el desarrollo de perspectivas. Además, en el ámbito posicional, las kinestesias implicadas en cada cambio de perspectiva permiten confirmar que los lados y las apariencias remiten a la unidad de los objetos mentados perceptualmente. Por tanto, a medida que se transita alrededor de los objetos perceptuales, se obtiene una mayor claridad cognoscitiva respecto de estos. Esto es significativo, pues el conocimiento obtenido mediante el desplazamiento alrededor de los objetos es un logro que se retiene y que constituye procesos de familiarización con estos, mediante la formación de hábitos y tipos empíricos. Así, mientras el sujeto transite y explore los objetos en su sitio, se desarrollará un proceso de familiarización motivado por la obtención de claridad cognoscitiva.

El segundo ámbito significativo de las kinestesias de desplazamiento abarca las modificaciones de perspectiva relativas a los ámbitos de cercanía y lejanía. Este ámbito se refiere a cómo cambian las apariciones de los objetos según el desplazamiento del propio cuerpo. El contexto de este cambio es la distancia relativa de las cosas perceptuales en relación con el cuerpo. La lejanía y la cercanía de los objetos pueden ser modificadas mediante el desplazamiento: al caminar, la perspectiva de los objetos cambia de tal manera que ellos pueden “aparecer con la mayor claridad en el ámbito

de la cercanía o desaparecer en el horizonte de lejanía” (Walton, 2015, p. 204). Gracias al desplazamiento efectivo, el ámbito de lo cercano puede alterarse: al andar, los contenidos de los espacios de cercanía varían, lo que permite la constante entrada y salida de objetos en el campo perceptual.

El desplazamiento implica una modificación constante de la perspectiva relativa al espacio cercano. El ingreso a espacios lejanos involucra la formación de nuevas esferas de cercanía. Gracias a la sucesión de los movimientos que constituyen el desplazamiento, lo que fue cercano deviene progresivamente lejano, posibilitando que nuevos objetos ingresen al campo perceptual con una claridad distintiva de aquello que se ofrece en el ámbito de cercanía. Así, el movimiento constituye una experiencia de desplazamiento de horizontes, que se desarrolla a partir del tránsito de un ámbito de cercanía a otro. El tránsito efectivo de una esfera cercana a una lejana constituye la conciencia de un horizonte abierto e infinito (Walton, 2015, p. 204). Esta conciencia tiene como correlato el sistema kinestésico total, el cual se articula como una disposición: “Mi cuerpo puede moverse a cada posición en el espacio” (Husserl, 1997, p. 329).

La operación total del sistema de las kinestesias es importante para esta investigación, pues vincula el movimiento con el conocimiento del mundo circundante. Al desplazarse, el sujeto puede reconocer que su cuerpo ocupa un sitio en el territorio y que este se encuentra en relación con el sitio que los demás objetos ocupan (Husserl, 1997, p. 330), lo cual es importante para la relación de familiaridad con el territorio. En otras palabras, el sujeto al desplazarse toma conciencia de los objetos en su sitio como estando en un determinado “allí”. Esta posición es relativa, pero es clave para la ejecución de desplazamientos con finalidad pragmática en un territorio. Al andar, el sujeto puede tomar conciencia de los objetos en el territorio y de los sitios que éstos ocupan, según los cambios de perspectiva. Así, con el desarrollo del desplazamiento, se articula una familiarización con el entorno, la cual proporciona un marco regulativo para la orientación de las acciones del sujeto con el fin de llegar a un destino.

Como mencionamos anteriormente, la fenomenología husserliana se aproxima al concepto de territorio entendiéndolo como una representación de la síntesis de los campos actuales de la experiencia. Con los elementos obtenidos a partir del estudio de las kinestesias de desplazamiento podemos abordar la significación y el alcance de esta representación. La progresiva sucesión de esferas de cercanía, así como el progresivo conocimiento de los objetos según su modo de darse, permiten destacar algo fundamental de la familiaridad con un territorio. Orientarse en un territorio no quiere decir reconocer meras direcciones cardinales para determinar la eficacia de un movimiento de desplazamiento, sino que implica conocer los objetos del entorno y sus sitios mediante el traslado. El andar permite que los sujetos reconozcan las relaciones espaciales relativas a la experiencia de los sitios que ocupan los objetos en el territorio.

La orientación en el andar se vincula directamente con el conocimiento del territorio y de las relaciones espaciales relativas a los sitios que ocupan los objetos. Este conocimiento deviene un saber habitual de los sujetos a medida que exploran el espacio que les rodea, lo cual lleva a que los rendimientos cognoscitivos se sedimenten y puedan ser reanimados, como motivo de orientación, en nuevos ejercicios de desplazamiento. Esta sedimentación puede darse a través del conocimiento perceptivo, pero también

puede ser motivada por menciones signitivas, como el testimonio de otros sujetos que han transitado el mismo espacio (Husserl, 2013, p. 307). De esta manera se constituye la familiaridad con un territorio. Desde un punto de vista práctico, el desarrollo de este proceso permitirá anticipar que el desplazamiento efectivo tendrá éxito en su ejecución.

3.3. Desorientación espacial

Haré uso de las herramientas conceptuales provenientes de la fenomenología husserliana para describir la experiencia de la desorientación espacial. Si consideramos que la familiaridad con el territorio se articula gracias al conocimiento de los objetos, su sitio y de las relaciones espaciales, el enfrentamiento con lo extraño, o no familiar, obedece a una lógica en la que ese conocimiento no está disponible como hábito. Por esta razón, el encuentro con un territorio extraño provoca un desajuste experiencial.

La desorientación experimentada al viajar a una ciudad o un pueblo que no es familiar puede causar desconcierto. En efecto, al encontrarse frente a un territorio extraño, el sujeto se experimenta perdido. Empero, esto no quiere decir que no pueda reconocer los objetos que le rodean. Por el contrario, al llegar a un nuevo territorio, el individuo se encuentra con objetos, relaciones o situaciones objetivas que puede reconocer, pero carece de hábitos para orientarse según las perspectivas que constituye el andar. El sujeto se halla desorientado porque no puede emplear sus hábitos relativos al desplazamiento para determinar cognoscitivamente las cualidades específicas de los objetos, el sitio que éstos ocupan en el territorio o las relaciones espaciales que constituyen la situación objetiva a la que se enfrenta.

Considero la desorientación espacial como un desajuste experiencial que acontece frente a lo extraño. Lo llamo desajuste porque no implica la cancelación de la experiencia de los objetos. Es más bien una incapacidad de poder emplear los conocimientos habituales relativos al desplazamiento para aprehender los sitios que ocupan los objetos en el territorio experimentado y sus relaciones espaciales. Dada esta incapacidad para recurrir a saberes habituales, el sujeto puede tener dificultades en el establecimiento de hitos direccionales, puede sentirse paralizado al perderse en un territorio desconocido e incluso puede desarrollar una conciencia de desastre motivada por la falta de certezas. En lo que respecta a la ejecución de un desplazamiento con vistas a llegar a una ubicación, la desorientación supone un obstáculo fundamental para la consecución de este fin. La dificultad para orientarse puede llegar a debilitar el desarrollo del desplazamiento, pues el sujeto que se enfrenta a un territorio extraño puede asumir que sus movimientos no lo llevarán a una ubicación deseada, produciendo así una suspensión de sus acciones.

Sin embargo, el desajuste que implica la desorientación no es permanente. Si el individuo logra desplazarse, podrá aprehender los sitios del territorio, con vistas al cumplimiento de sus actividades. En efecto, al andar, el sujeto puede desplegar su campo experiencial y determinar los sitios que ocupan los objetos, lo que le permitirá adquirir orientación en el territorio. Teniendo en cuenta este sentido de la desorientación espacial, entendida como un desajuste experiencial con respecto a la experiencia habitual producida por la experiencia de lo extraño, determinaremos el valor no explicado de lo extraño en la teoría medial desarrollada por Krämer.

4. La función medial de los mapas y su relación con la experiencia de lo extraño

Retomemos la paradoja cartográfica enunciada por Krämer: los mapas no son el territorio, pero los utilizamos para explorar el territorio. Como observamos más arriba, esta paradoja implica dos sentidos de enfrentamiento con lo extraño: emplear un mapa para orientarse en un territorio que no es familiar supone el enfrentamiento con dicho territorio y con un sistema de marcas que, en principio, es desconocido. ¿Cómo se puede entender este doble enfrentamiento con lo extraño en el contexto de la función medial de los mapas? Sostengo que si la función medial de los mapas es sensibilizar la información espacial de este objeto para orientarse en un territorio, entonces lo extraño opera como motivo de esta función y también como la condición para la visualización de relaciones espaciales.

Para Krämer (2012), la función medial de los mapas está vinculada con el empleo de estos objetos en la realización de actividades que requieren orientación. Para que el uso de estos medios resulte necesario, los usuarios deben carecer de familiaridad con el territorio en el que se encuentran. Ahora bien, en experiencias relacionadas con viajes a sitios desconocidos, la falta de familiaridad con el territorio no es absoluta. Los usuarios de mapas disponen de su cuerpo como centro de orientación de la experiencia perceptiva. Además, ellos utilizan sus capacidades corporales para moverse y llegar a conocer los objetos que tienen ante sí. Sin embargo, la carencia de conocimiento de las relaciones espaciales de los objetos y los sitios que estos ocupan, la falta de habituación a estas relaciones, o el olvido, constituyen la experiencia de lo extraño como producto del enfrentamiento con un nuevo territorio. Dado lo anterior, la representación que constituye el mapa establece una fuente de acceso a la información sobre las relaciones espaciales entre los sitios y los objetos que constituyen el conocimiento del territorio. Esta información aparece en un plano, que se lee y observa desde una perspectiva aérea. La vista de pájaro permite que el usuario acceda a un esquema sensible del conocimiento del territorio. El conocimiento representado en el mapa facilita la toma de decisiones sobre cómo orientarse en el andar. Así, al perderse en un territorio extraño, los sujetos acuden a las indicaciones desplegadas en los mapas para orientar sus movimientos. Este es uno de los dos aspectos que quiero destacar: el enfrentamiento con lo extraño motiva la visualización de las indicaciones manifiestas en el mapa.

El ejercicio de orientar el movimiento de desplazamiento con mapas supone establecer una relación entre el cuerpo y la información espacial. Dado que el usuario de mapas carece de familiaridad con el territorio, debe situarse en el mapa e incorporar su posición en el sistema gráfico que lo compone. Aunque estos medios distorsionan el conocimiento territorial, la información esquemática permite al usuario identificar su posición en la red de relaciones que constituye el saber espacial sobre el territorio. Ante esta situación, Krämer menciona:

Esta es la posición en el mapa, que no sólo representa un territorio exterior, sino que también presenta al usuario del mapa. Esta transformación es lo que importa aquí. Aunque los mapas transforman un lugar descrito objetivamente en un espacio experimentado subjetivamente, su indexicalidad revela que lo contrario también es una condición necesaria para el uso ope-

rativo de los mapas: El usuario del mapa debe transformar su ubicación individual en el mundo en una posición generalizable en el mapa. (2008, p. 310)

Visualizar las relaciones espaciales esquematizadas en el mapa implica utilizar este objeto como el índice de la propia posición en el conocimiento que se tiene del territorio. Cuando el usuario de mapas puede decir “estoy aquí” o cuando un mapa indica la ubicación concreta de su usuario con la frase “Ud. se encuentra aquí”, el sujeto localiza su posición corporal en relación con los hitos direccionales marcados en el mapa. De esta manera, al enfrentarse con un territorio extraño, el usuario se ve compelido a emplear el mapa para visualizar la red de relaciones espaciales que se despliega en este objeto e insertar su localización corporal. En este sentido, destaco que el enfrentamiento con lo extraño cumple el papel de un concepto operativo en la función medial de los mapas: es el motivo por el cual se visualizan las relaciones espaciales indicadas en el mapa, lo que lleva situar la ubicación del usuario en el conocimiento que se posee del territorio.

Ahora bien, la relación entre el enfrentamiento con un territorio extraño y la visualización de relaciones espaciales adquiere otro sentido al guiar el movimiento. Este enfrentamiento opera como una condición de la experiencia de uso de los mapas. Cuando se utiliza un mapa para orientar el andar, este objeto no solo se lee o se interpreta. El uso del mapa afecta la experiencia de los sitios y de los objetos que el usuario percibe. En la búsqueda de la orientación en un territorio extraño, la información espacial presentada en el mapa permea la experiencia perceptual del usuario: este sujeto vincula los sitios que enfrenta en su andar con la información esquematizada en este objeto. De esta manera, la utilización del mapa habilita la constitución de hitos direccionales visualizables, los cuales transforman la experiencia del territorio. Estos hitos guían la experiencia del usuario y funcionan como puntos de referencia para orientar el andar. Este proceso medial se caracteriza como la capacidad de hacer visible aquello que es invisible (Krämer & Ljungberg, 2016, p. 12). ¿Cuál es el sentido de esta capacidad de los mapas? El mapa esquematiza el conocimiento del territorio en forma de hitos. Al explorar el territorio y al emplear este medio, el usuario convierte los hitos del mapa en objetos visibles, asignando a cada sitio concreto una concordancia con las coordenadas presentes en este objeto. Como se mencionó anteriormente, Krämer sostiene que este proceso es una transformación (2008, p. 334). Gracias a ella, el territorio extraño se convierte en un espacio caminable. Si bien el usuario puede desconocer las determinaciones de los objetos o los sitios que estos ocupan en el territorio, puede orientar sus movimientos según los hitos que este medio impone en la experiencia.

A la luz de lo anterior, se puede advertir que la visualización de la información espacial se articula para que el usuario pueda orientarse y ejecutar acciones en un territorio desconocido o poco familiar. En este sentido, el desarrollo de la visualización de hitos direccionales por parte del usuario implica familiaridad con el conocimiento del territorio. Sin embargo, ¿el proceso de familiarización con el conocimiento condensado en el mapa implica una superación de la experiencia del territorio como algo extraño? Esta pregunta permite destacar el carácter de condición del enfrentamiento con lo extraño. Aunque el usuario de mapas pueda orientar sus actividades con la información presente en ellos, la experiencia de lo extraño permanece vigente. En efecto,

saber emplear mapas no implica necesariamente la posesión de hábitos que permitan la familiaridad con el territorio. No obstante, los hitos que el mapa permite visualizar establecen puntos de orientación para que su usuario pueda desplazarse y adquirir familiaridad con el territorio.

El uso de mapas habilita hitos que debilitan el desajuste experiencial producto del enfrentamiento con lo extraño, pero no permiten su superación. Un mapa puede guiar a un sujeto que desconozca las relaciones espaciales entre los objetos situados en un territorio o que las haya olvidado. Asimismo, un mapa puede guiar a un usuario que ha experimentado el territorio, pero que no se encuentra suficientemente familiarizado con este. El mapa orienta los movimientos del usuario, por lo que la extrañeza respecto del territorio pierde intensidad. Sin embargo, únicamente el desplazamiento concreto tiene la capacidad de establecer las condiciones de familiaridad que permitan superar la experiencia de lo extraño. En conformidad con lo anterior, la experiencia de desorientación provocada por el enfrentamiento con un territorio extraño, no solamente motiva el empleo de mapas, sino que es una condición para dicho uso. Mientras la familiaridad con el territorio sea problemática, los mapas operan como guías útiles para desplazarse por él. De esta manera, se comprende que el enfrentamiento con lo extraño, cuyo contexto es la desorientación en un territorio desconocido, ocupa un lugar necesario en la función medial de los mapas. Por un lado, este enfrentamiento motiva el empleo de estos medios, y, por otro, permite al usuario visualizar la información representada para guiar sus actividades.

5. Conclusión

La propuesta teórica de Sybille Krämer busca comprender los mapas como medios que orientan las actividades de sus usuarios. Según este enfoque, la función medial de los mapas está vinculada estrechamente con la experiencia de sus usuarios. Para esta autora, la orientación con mapas consiste en un proceso mediante el cual el usuario se vuelve capaz de visualizar los hitos pertenecientes a la representación desplegada en este medio para guiar sus acciones.

La integración de la experiencia de usuario en la descripción de la función medial de los mapas lleva a identificar que el enfrentamiento con lo extraño es una situación irreductible. El punto anterior se basa en una indicación. Los mapas son medios que orientan las acciones de sus usuarios en la experiencia de territorios desconocidos o extraños. Pese a que esta filósofa de los medios reconoce esta situación y la señala, no ofrece una explicación sobre el papel específico que ocupa el enfrentamiento con lo extraño en su enfoque sobre los mapas. Si lo propiamente medial de los mapas consiste en orientar las acciones de los sujetos conforme a la visualización de la información codificada en ellos, es necesario determinar el lugar que ocupa lo extraño en la experiencia de uso de estos medios.

Considerando lo anterior, en este artículo defiendo que el lugar de lo extraño en la experiencia de uso de los mapas se vincula a la desorientación espacial. El encuentro con un territorio desconocido o no familiar provoca desorientación en los sujetos. Esta situación funge como contexto para identificar el lugar de lo extraño en el enfoque medial de Krämer. Sostengo que el enfrentamiento con un territorio extraño opera como motivo y condición para el desarrollo de la función medial de los mapas. En

cuanto motivo, destaco que el enfrentamiento con lo extraño provoca un desajuste experiencial que lleva al usuario a visualizar hitos direccionales en el mapa con vistas a determinar su posición corporal. Al entender este enfrentamiento como condición, se advierte que el uso de mapas no suprime experimentar el territorio como algo extraño—esto solo se puede lograr mediante la exploración concreta de ese territorio. El enfrentamiento con lo extraño compele al usuario a emplear los hitos direccionales del mapa para imbuir su experiencia y, de esta manera, orientar sus movimientos en un territorio desconocido.

Ahora bien, aunque el enfoque de Krämer logra distinguirse de las narrativas que guían el debate sobre mapas, la tesis defendida por esta autora depende del análisis de la experiencia de usuario. En este artículo he podido abordar uno de los elementos de la teoría de Krämer relacionado con la experiencia del usuario de mapas. Sin embargo, se identifican ámbitos que requieren un análisis más exhaustivo. Desde el punto de vista fenomenológico, queda pendiente un estudio sobre la relación entre el cumplimiento de las expresiones indexicales y la adquisición de orientación por medio del uso de mapas. Asimismo, surge la posibilidad de preguntar sobre la relación entre el mundo de la vida y los espacios prácticos abiertos por los mapas. Sumado a lo anterior, surgen interrogantes provenientes de la misma teoría medial: ¿Cuál es el papel que cumple la lectura diagramática en el uso de mapas? ¿Cuáles son las implicancias de las condiciones políticas al analizar la experiencia del usuario de mapas? ¿Qué condiciones permiten el error al emplear un mapa o imposibilitan su uso? ¿Qué impacto tiene en los sujetos la construcción de mapas digitales? Considerando la defensa argumentativa de esta teoría, el estudio de estos ámbitos y la reflexión sobre estas preguntas permite vislumbrar posibles caminos para complementar la teoría medial.

Referencias

- Borges, J. L. (1984). Del rigor en la Ciencia. En C.V. Frías (Ed.), *Obras completas 1923-1972* (p. 847). Emeceé.
- Brannon, G. (1989). The Artistry and Science of Map-Making. *Geographical Magazine*, 61(9), 37–40.
- Cosgrove, D. E. (2001). *Apollo's Eye: A Cartographic Genealogy of the Earth in the Western Imagination*. John Hopkins University Press.
- Cosgrove, D. E. (2008). *Geography and vision: seeing, imagining and representing the world*. I. B. Tauris.
- De Certeau, M. (1988). *The practice of everyday life* (S. Rendall, Trad.). University of California Press.
- DeLue, R. Z. (2007). Elusive Landscapes and Shifting Grounds. En R. Z. DeLue & J. Elkins (Eds.), *Landscape Theory* (pp. 3–14). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203929834>
- Enns, A. (2015). Introduction: The Media Philosophy of Sybille Krämer. En S. Krämer, *Medium, Messenger, Transmission. An Approach to Media Philosophy* (pp. 9–18). Amsterdam University Press. <https://doi.org/10.1515/9789048524990-002>

- Geniusas, S. (2024). The origins of sedimentation in Husserl's phenomenology. *European Journal of Philosophy*, 1–17. <https://doi.org/10.1111/ejop.12931>
- Husserl, E. (1973). *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität. Texte aus dem Nachlass. Dritter Teil: 1928–1935* (I. Kern, Ed.). Martinus Nijhoff.
- Husserl, E. (1976). *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie. Erstes Buch, Allgemeine Einführung in die reine Phänomenologie* (K. Schuhman, Ed.). Martinus Nijhoff.
- Husserl, E. (1991). *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie. Zweites Buch: Phänomenologische Untersuchungen zur Konstitution* (M. Biemel, Ed.). Martinus Nijhoff.
- Husserl, E. (1997). *Thing and Space: Lectures of 1907* (R. Rojcewicz, Trad.). Springer.
- Husserl, E. (1999). *Erfahrung und Urteil: Untersuchungen zur Genealogie der Logik* (L. Landgrebe, Ed.). Felix Meiner Verlag.
- Husserl, E. (2013). Grundlegende Untersuchungen Zum Phänomenologischen Ursprung der Räumlichkeit der Natur. En Marvin Farber (Ed.), *Philosophical essays in memory of Edmund Husserl* (pp. 307–326). Greenwood Press.
- Jacob, C. (1996). Selected papers from the 16th international conference on the history of cartography: Theoretical aspects of the history of cartography: Toward a cultural history of Cartography. *Imago Mundi*, 48(1), 191–198. <https://doi.org/10.1080/03085699608592842>
- Kitchin, R., & Dodge, M. (2007). Rethinking maps. *Progress in Human Geography*, 31(3), 331–344. <https://doi.org/10.1177/0309132507077082>
- Krämer, S. (2008). *Medium, Bote, Übertragung; kleine Metaphysik der Medialität*. Suhrkamp.
- Krämer, S. (2009). Operative Bildlichkeit. Von der ‚Grammatologie‘ zu einer ‚Diagrammatologie‘? Reflexionen über erkennendes ‚Sehen‘. En M. Heßler, & D. Mersch (Eds.), *Logik des Bildlichen: Zur Kritik der ikonischen Vernunft* (pp. 94–122). Transcript. <https://doi.org/10.1515/9783839410516-003>
- Krämer, S. (2010). Medien zwischen Transparenz und Opazität. Reflexionen über eine medienkritische Epistemologie im Ausgang von der Karte. En M. Rautzenberg, & A. Wolfsteinar (Eds.), *Hide and Seek* (pp. 213–225). Brill | Fink. https://doi.org/10.30965/9783846748886_015
- Krämer, S. (2011). ‘The Mind’s Eye’: Visualizing the Non-visual and the ‘Epistemology of the Line’. En R. Heinrich, E. Nemeth, W. Pichler, & D. Wagner (Eds.), (vol. 2, pp. 275–294). De Gruyter. <https://doi.org/10.1515/9783110330496.275>
- Krämer, S. (2012). Karten erzeugen doch Welten, oder? *Soziale Systeme*, 18(1-2), 153–167. <https://doi.org/10.1515/sosys-2012-1-209>
- Krämer, S. (2018). >Kartographischer Impuls‘ und >operative Bildlichkeit‘. Eine Reflexion über Karten und die Bedeutung räumlicher Orientierung beim Erkennen. *Zeitschrift Für Kulturwissenschaften*, 12(1), 19–32. <https://doi.org/10.14361/zfk-2018-120105>

- Krämer, S. (2019). Epistemologie der Medialität: Eine medienphilosophische Reflexion. *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 67(5), 833–850. <https://doi.org/10.1515/dzph-2019-0061>
- Krämer, S., & Ljungberg, C. (2016). *Thinking with Diagrams: The Semiotic Basis of Human Cognition*. De Gruyter. <https://doi.org/10.1515/9781501503757>
- Muhr, P. (2023). The “Cartographic Impulse” and Its Epistemic Gains in the Process of Iteratively Mapping M87’s Black Hole. *Media+Environment*, 5(1), 1–34. <https://doi.org/10.1525/001c.88163>
- Rees, R. (1980). Historical Links between Cartography and Art. *Geographical Review*, 70(1), 60–78. <https://doi.org/10.2307/214368>
- Rubio, R. (2018). Elementos fenomenológicos y deconstructivos en la filosofía de los medios de Sybille Krämer. *Verbo de Minas*, 19(34), 9–23.
- Schlögel, K. (2003). *Im Raume lesen wir die Zeit über Zivilisationsgeschichte und Geopolitik*. Hanser.
- Walton, R. (2015). *Intencionalidad y horizonticidad* (1ª ed.). Editorial Aula de Humanidades.

